

Prolusión

Señoras, señores: Es para mí un honor inmerecido el dirigirles a ustedes la palabra en el acto inaugural de este *I Simposio de Latín Cristiano*, pero cuando D. Manuel Fernández Galiano tuvo a bien darme la noticia de su celebración e invitarme a acompañarle en este acto, fue tan grande la alegría que no supe ni pude negarme.

Yo no soy latinista, y he sido formado en las lenguas de los pueblos cristianos en las fronteras orientales del imperio romano. Son lenguas más bárbaras, aunque los cristianos del norte de Mesopotamia podían alardear —como lo hacían— de que su lengua era la que Adán había usado para hablar con Dios en el paraíso, que, si bien no era de este mundo, no podía estar muy lejos de su tierra, pues del río que salía de él se formaban, según dice la Escritura, el Tigris y el Eufrates; y era la que los hombres habían usado para comunicarse hasta el episodio de la torre de Babel, y la que siguieron hablando luego los patriarcas, establecidos en Harram, y la que había usado Nuestro Señor. Pero, aunque mi formación haya ido por otros derroteros, como obispo y como español no puedo menos de alegrarme extraordinariamente de la celebración de este simposio, de la nutrida participación que se ha anunciado, y del interés que ha despertado.

Quiero contar aquí una anécdota que oí narrar una vez acerca de Patrick W. Skehan, tal vez el mejor discípulo de W. F. Albright y uno de los pocos verdaderos semitistas de talla que ha producido el suelo americano. Este hombre notable terminó siendo uno de los miembros del equipo internacional encargado de la publicación de los manuscritos del Mar Muerto, y el principal responsable de la traduc-

ción del AT para la *New American Bible*. Su carrera, sin embargo, no había empezado en esos menesteres, sino en el estudio del siríaco, el copto y el árabe cristiano. Pues bien, un día, uno de esos pobres hombres, nacido de los nuevos sistemas educativos, que florecen —también— al otro lado del océano, le preguntaba al profesor Skehan cuál era la utilidad de gastar la vida aprendiendo unas lenguas que nadie hablaba. «Es que la Iglesia —respondió tranquilamente Patrick Skehan— tiene una memoria, y alguien ha de conservarla».

De la memoria, de la memoria de un pueblo, de eso se trata. Y, por tanto, de su buena salud, mental y espiritual. Es cierto que la memoria no es la inteligencia, y que, en lo que la memoria tiene de almacén de datos, hay hoy unos aparatos que suplen, en algunos casos con ventaja, a los viejos ficheros. Pero tiene la memoria, junto a esta función de almacenar información, otra muchísimo más humana y menos delegable. Es la de decirnos quiénes somos, de dónde venimos, cuál es nuestro domicilio, nuestra casa, hacia dónde podemos dirigir nuestros pasos, o hacia dónde no sería muy inteligente encaminarnos. Es lo que podríamos llamar la memoria histórica, esencial para la identidad y la libertad de los individuos y de los pueblos. Dimitir de esa memoria histórica es siempre fatal para los unos como para los otros.

En un cierto sentido, el hombre moderno odia la memoria, odia el pasado, reacciona ante él con la inmadurez y la irresponsabilidad del adolescente. Y, como en el caso del adolescente, su renegar del pasado no es sino un síntoma de una afección más profunda: el odio y el rechazo que el adolescente siente hacia sí mismo, y el miedo que le produce su propio futuro. Como le decía el Calígula de A. Camus a Cesonia, «los hombres, Cesonia, lloran porque las cosas no son como quieren que sean». Lloran, y sueñan con la luna, y juegan a ser los amos del mundo. Son llantos, y sueños, y juegos de adolescente. Pero el pobre hombre que tiene que vivir sobre las cenizas de la modernidad es capaz de pasar por todo. Todo, antes que aceptar la servidumbre —y la grandeza— de la condición humana, el riesgo de la responsabilidad y del amor. Es decir, el riesgo de la libertad.

Es obvio que ni el adolescente enfurruñado ni el pobre

hombre moderno explican de esta manera sus propios sentimientos. La canción que se canta a sí mismo suena todavía con otra música: el pasado pertenece a los muertos, es fuente de tabúes y de atavismos que es preciso sacudirse con diligencia para ser uno mismo, para vivir la propia vida. La tradición, toda tradición, toda pertenencia —incluso la de la familia, o la de una amistad desinteresada y estable— es una atadura para la libertad. Lo que no se dice nunca es que la «libertad» que queda cuando se han roto todos los lazos es la del condenado a la mazmorra del propio egoísmo y de la propia soledad. Narciso puede ser muy bien —como se ha dicho— el símbolo más querido del hombre post-moderno, de lo que G. Lipovetsky ha descrito tan fríamente como «la era del vacío», pero Narciso es un ser miserable, tan hastiado de sí mismo que no necesita siquiera de un plato de lentejas para vender su primogenitura: la regala al último que llega, a cambio de nada, con la vana esperanza de descargarse así de la última propiedad que le queda: su angustia y su violencia. Y quienes están dispuestos, como buitres, a aceptar el regalo de ese despojo humano, y a utilizarlo para sus fines, son legión.

¡Entiéndanme ustedes bien, no se trata de volver al quinqué y a la pluma de ave! El hombre no ha nacido para vivir sobre el pasado, ni para idealizarlo ni para denigrarlo sistemáticamente. Dicho sea de paso, tampoco ha nacido para vivir en el futuro. Es otra forma de la misma patología, de la misma evasión. El hombre debe tan sólo acoger el presente —su tarea—, acogerlo como el pedazo de tierra y de ser que le ha sido dado para trabajar y realizar en él su apasionante vocación. Pero para acoger el presente con responsabilidad y, por tanto, libremente, es esencial la conciencia de la propia identidad, y una dimensión importantísima de esa conciencia es la propia memoria histórica. Sin memoria histórica, los hombres y los pueblos son marionetas, pobres peles en manos de los poderosos, que les dictan el bien y el mal, y que disponen, por tanto, de su conciencia.

Pido perdón por esta divagación, tan lejana sin duda de las preocupaciones académicas de muchos de ustedes, y de las hermosas ponencias que en estos días tendremos la oportunidad de escuchar. No he querido con ella sino subra-

yar el verdadero valor de su trabajo. Las horas —no necesariamente ingratas— de descifrar un manuscrito, o de desenterrar un documento tienen un significado, que va mucho más allá del *hobby* o del entretenimiento o del dilettante gozo puramente intelectual. Preservar la memoria del pasado no es lo único que debe hacer una sociedad, pero es un servicio absolutamente indispensable, si es que la libertad y la cultura han de tener un espacio en la sociedad del futuro...

Recordar hoy esta humilde verdad no me parece inútil. Nuestro país, tan ansioso de entrar en la modernidad —ahora que medio mundo no sabe cómo salir de ella—, tan ávido en la hora presente sólo de aquello que tiene un interés y una utilidad inmediatos, corre el peligro de tirar por la ventana, alegremente y como si nada sucediese, una gran parte de su patrimonio intelectual. Y no me refiero, créanme, sólo al *contenido* de unos saberes, sino a la rigurosa disciplina intelectual que hace posible su adquisición, al sentido y al amor del trabajo, a la fe en la búsqueda de la verdad. Siendo ésta nuestra situación, no podía hablar hoy de otra cosa. El interés que ha suscitado este congreso es, en un panorama bastante desértico, un motivo de esperanza.

Yo debo, por la misión que me ha sido encomendada, estar cerca de jóvenes estudiantes. Les aseguro a ustedes que en muchos de ellos el anhelo de la verdad y de la belleza está, al menos cuando se acercan a la Universidad, casi intacto. No estoy seguro de que no haya sido amargamente abusado cuando salen de ella, o incluso después de estar en ella sólo un par de años. Tenemos, quienes enseñamos o quienes cultivamos una rama del saber, una grave responsabilidad y una impresionante tarea.

¡No defrauden ustedes la esperanza de los jóvenes! ¡No dejen que su disciplina, tan cercana al hombre, a su conciencia y a su memoria, sea asolada, por una especie de complejo ante las ciencias llamadas exactas y pierda su contenido humano! ¡No tengan el menor miedo de hacerlo explícito! ¡No olviden nunca que su saber y su trabajo es un servicio al hombre! No duden en sacrificar tal vez un proyecto acariciado, o un éxito profesional, para dedicar su tiempo y facilitar sus libros a aquellos alumnos que tienen un verdadero

interés. En los tiempos que corren, tal vez la tarea más urgente de cualquiera que ame la cultura del hombre es justamente la de recrear —casi a partir de cero— una verdadera tradición intelectual.

Pero el simposio que ahora inauguramos no es de filología latina —las reflexiones que acabo de hacer hubiesen sido las mismas también en ese caso—, sino de latín cristiano. La Iglesia es un pueblo, surgido de entre todas las naciones por obra y gracia de un acontecimiento que ha sacudido hasta los cimientos la conciencia que el hombre tiene de sí mismo, del mundo y de la historia, y le ha abierto el horizonte de su propio significado y de su propia dignidad de un modo absolutamente único. La Iglesia —que renueva su identidad cada día en el sacrificio eucarístico, «memorial» de la muerte y resurrección de Cristo, fuente de la verdad y de la esperanza del hombre— no puede renunciar a su memoria, no va a renunciar a ella. Y no va a renunciar a ella precisamente porque su memoria histórica está indisolublemente ligada a esa esperanza de los hombres. En el mundo cristiano, la tradición y la memoria son tan esenciales como en el mundo a secas, y más si cabe, porque de la memoria del acontecimiento de Cristo y de su fecundidad en la historia —esto es, la historia de la Iglesia— depende la salvación de los hombres y de los pueblos. En el mundo cristiano, la tradición no es un obstáculo, sino una fuente de libertad. *Traditio tibi praetendetur auctrix*, «la tradición te hace crecer», decía Tertuliano.

La memoria de la Iglesia es la parte más preciosa de la memoria de la humanidad, porque es la memoria de su vocación iluminada, la memoria de su esperanza. No importa que esa memoria esté luego expresada a veces en un pobre lenguaje, ni que esté —como lo está— entretejida en el entramado monótono de las pasiones humanas. Recuerdo perfectamente cuando, en una clase de griego bíblico, un profesor enamorado de su materia nos hizo leer varios papiros griegos. Había entre ellos dos cartas de pésame. Una pagana, era elegantísima, escrita en el griego más correcto, pero totalmente vacía de humanidad y de esperanza. La otra, en cambio, cristiana, estaba pésimamente escrita. No había en ella un caso en su sitio, ni un tiempo o una preposición

bien usada. Pero les aseguro a ustedes que, de verme en la necesidad de recibir una carta de condolencia, no lo hubiese dudado un momento: hubiera escogido la segunda, tan alegre, tan divinamente humana.

La memoria de la Iglesia es preciosa para la humanidad, pero la memoria de la humanidad es preciosa para la Iglesia. Porque en Cristo se ha desvelado la dignidad y el significado del hombre, el pueblo cristiano, cuando verdaderamente lo es, ha mostrado siempre un aprecio exquisito por la tradición y por todo lo humano. Y no se me aduzcan, hipócritamente, el trato que los monjes antiguos de Oriente dieron a los templos paganos, u otros ejemplos igualmente manipulados: la antigüedad cristiana entera ha destruido muchísimo menos de lo que destruyó el siglo XVIII, o de lo que nuestra generación ha destruido en veinte años.

Desde el acontecimiento de Cristo y desde que existe la Iglesia, además, las dos memorias, las dos historias —la del hombre y la de la Iglesia, es decir, la del pueblo cristiano— están indisolublemente unidas. Por eso es imposible, no sólo en España, sino en Europa y en América, separar la historia de los pueblos de la historia del cristianismo, separarla de la historia de la Iglesia, de sus logros y de sus pecados. Desde la muerte de Cristo no hay más que una historia, que es la de la humanidad redimida.

Esta verdad se puede olvidar momentáneamente. Se puede olvidar en la misma Iglesia, momentáneamente también. Ahora mismo acabamos de pasar un fuerte sarampión de desmemoria, y es todavía demasiado pronto para evaluar las pérdidas, en la Iglesia y en la humanidad, pero son sin duda enormes. Y no piensen ni por un momento que me estoy refiriendo al Concilio, o al inmediato post-concilio. Todo lo contrario. Yo estoy convencido de que el Concilio ha puesto las bases precisamente para una renovación en profundidad y en memoria y de la identidad de la Iglesia. Lo que sucede es que el Concilio ha hecho aflorar a la luz una infección que estaba trabajando en silencio el organismo desde hace mucho tiempo. Hace mucho tiempo, en efecto, que el pueblo cristiano y los eclesiásticos habíamos claudicado a la modernidad, y habíamos consentido que otras instancias acudieran en ayuda de nuestra falta de memoria

histórica. La fiebre del post-concilio es la fiebre de la reacción a la vacuna, pero hay vacuna. La fiebre pasará. Nuestra presencia aquí esta mañana es un signo de ello. Y la memoria de la Iglesia, como la paciencia de los pobres, permanecerá para siempre. *Patientia pauperum manebit in aeternum*.

Mientras tanto, nuestra tarea es construir. En la hora presente, mucho me temo que habrán de ser los cristianos quienes tengan que salvar —como así está sucediendo ya— hasta los valores, la cultura y la memoria de la misma modernidad, igual que, tras haber sido perseguidos y haber luchado contra las contradicciones del paganismo, fueron los cristianos del siglo V quienes salvaron no sólo a Homero y a Virgilio, Horacio y a Aristófanes, sino también a Libanio y a Juliano el Apóstata.

MONS. FRANCISCO JAVIER MARTINEZ
Obispo aux. de Madrid